

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XI



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1975

SUMARIO

Páginas

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

- Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1974, por *Francisco Arquero Soria* 9

ESTUDIOS

- Toponimia e historia de la Montaña Escorialense, por *Gregorio de Andrés* 15
- Segregación y cambio funcional en un espacio forestal suburbano (El Pardo), por *Manuel Valenzuela Rubio* 27
- El arte del Paular en los documentos del Archivo Histórico Nacional, por *Mercedes Agulló y Cobo* 65
- Andanzas madrileñas de un embajador turco, por *Manuel Espadas Burgos* 83
- Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII, por *Fernando Jiménez de Gregorio* 89
- Sobre titulación y competencias de los arquitectos de Madrid (1775-1825), por *Pedro Navascués Palacio* 123
- Francisco Sabatini y sus normas para el saneamiento de Madrid, por *Luis Cervera Vera* 137
- Una obra del arquitecto Pedro de Ribera: El Convento e Iglesia de San Hermenegildo de Madrid, por *Virginia Tovar Martín* 191
- Toreros y aficionados de la Villa y Corte en un lienzo de Castellano, por *Enrique Pardo Canals* 211
- Los acontecimientos del 7 de julio de 1882. Datos para un análisis socio-político, por *Juan-Sisinio Pérez Garzón* 221
- Casas de baños en Madrid, por *María del Carmen Simón Palmer* 237
- Determinación estilística y tipológica de los balconajes madrileños del siglo XIX, por *Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso* 251
- La reconstrucción de Nuestra Señora del Buen Suceso en la Montaña del Príncipe Pío, por *M.ª del Pilar Aumente Rivas* 255

	<u>Páginas</u>
Un plebiscito académico, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i>	275
El gran Madrid a comienzos de siglo, por <i>María del Carmen Pescador del Hoyo</i> .	293
Los mapas del comercio madrileño, por <i>José M.º Sanz García</i>	301
Evolución de la población de Madrid y su incidencia en la escolarización de las edades jóvenes, por <i>Antonio Aparisi</i>	309
Ante la nueva sede central de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Madrid, en Descalzas, San Martín y Celenque, por <i>José María Sanz García</i>	331

SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS ILUSTRES

Conversaciones con Agustín Millares Carlo, por <i>Leonardo Romero</i>	365
--	-----

SEMINARIO DE TOPONIMIA URBANA

Calles y plazas madrileñas (Bibliografía), por <i>José Luis Oliva Escribano</i>	373
--	-----

BIBLIOGRAFIA

Índice de artículos de temas madrileños de la «Revista de Obras Públicas» (1853-1975), por <i>María Teresa Solesio de la Presa</i>	419
Bibliografía artística madrileña (1974) (Continuación), por <i>María Luz Rokiski Lázaro</i>	443
Madrid en los libros, por <i>Juan Sampelayo</i>	449

TOREROS Y AFICIONADOS DE LA VILLA Y CORTE EN UN LIENZO DE CASTELLANO

POR ENRIQUE PARDO CANALÍS

La atracción de lo pintoresco, una cierta curiosidad y el deseo de contemplar una improvisada galería de celebridades nos han acercado a este patio de caballos de la antigua Plaza de Toros de la Villa y Corte. En rigor, es todo un patio de categoría histórica —algún exigente quizá rebaje su importancia a la de mero anecdótico—, teniendo ante los ojos un vistoso grupo de auténtico interés iconográfico gracias al arte, a la misma afición y a la extremada diligencia de un pintor casi olvidado. Luego será ocasión de decir algo de él, pero ahora conviene que no nos detengamos. Dentro de muy poco, apenas si quedarán aquí rezagados unos chiquillos traviesos.

El vocerío de las gentes llega a nuestros oídos. Se aproxima el momento de iniciar el paseíllo de las cuadrillas. La tarde, levemente anublada, recoge la caricia tibia de un sol que diluye en sombras, cuerpos y volúmenes, presagiando un lucido festejo. A la izquierda, unos perrazos impresionantes muestran su adustez fiera y amenazadora. Los caballos relinchan mientras llevan dispuesto algunos el engaño cegador. Los diestros adoptan actitudes postineras. Los aficionados, con la chistera inevitable, departen entre complacidos y solemnes como ensayando la propia alternativa de su imagen cara a la posteridad. Por el portalón del fondo, de par en par, se divisa ese compacto y consabido grupo de curiosos que esperan la salida de los toreros; más lejos, la vieja plaza a la que este patio de caballos —separado por corto trecho— sirve y complementa. Agentes del orden —uno de ellos, más impetuoso, con la bayoneta calada—, encarnan la autoridad que representan. En el centro, un simple tejadillo al que apenas roza la serpeante enramada. A la derecha, doblando en ángulo, una ventana enrejada y una puerta —tosco acceso más bien— con ventanuco en lo alto. Todo discreto, sencillo, natural, con

simple efectismo de elemental escenografía. El pavimento, empedrado, con ligera inclinación en el centro. Por doquier, sol y sombra, como en la misma plaza. Majeza en los gestos y un aire de contenida zozobra en los rostros. Prestas desde la rinconada, las mulillas enjaezadas cascabelean impacientes.

Muy estudiados los detalles —en la indumentaria, en los retratos y en las actitudes—, constituye este lienzo un veraz testimonio —he ahí su encanto, he ahí su mérito— de un grupo bien representativo de una hora, un momento, de la Villa y Corte a mediados del siglo XIX. Cuando Isabel II, Reina aún de España e Indias *por la gracia de Dios*, no era aún la Reina *de los tristes destinos*, tal vez porque el destino avanza con mayor parsimonia que las debilidades humanas. Es, con todo, como esta misma tarde de toros, uno de los momentos más animados del reinado, en plena declinación de la *década moderada*. Cuando ha llegado ya a Aranjuez *el tren de la fresa*, pero no todavía a la capital el primer surtidor del agua del Lozoya, aunque pudiera servir de consuelo que desde la inauguración del Congreso de los Diputados y del Teatro Real, en 1850, la tramoya pública dispusiera de dos resonantes plataformas para los alardes retóricos y las sublimidades del *bel canto*. Pero... no nos detengamos pues importa que, antes de empezar la corrida y dispersarse el grupo, nos fijemos en los personajes que en seguida van a desaparecer de nuestra vista.

Los retratados

Para ello nos ayudará mucho Sánchez de Neira, un buen aficionado que conoció a todos ellos y a quien debemos una preciosa clave identificatoria¹. Al abordar la relación entre las Bellas Artes y la Tauromaquia, después de aludir a diferentes artistas y obras se expresaría muchos años después en estos términos:

•No podemos, sin embargo, prescindir de hacer especial mención del magnífico cuadro de gran tamaño que el notable pintor don Manuel Castellano hizo en el año de 1852 [*sic*: 1852], y que habiendo merecido la honra de ser adquirido por el Estado figura hoy en nuestro Museo Nacional del Prado. Es tan animado el asunto que representa, hay tal vida, tanta verdad, tan excelente dibujo, tan brillante colorido en el cuadro, que bien se conoce por él que su autor a semejanza de Goya, tanto entendía de toreo como de manejar el pincel; porque sin entender los secretos del arte de torear, no es posible dar verdad a muchos detalles que para el que no lo sabe pasan sin hacer de ellos aprecio. Representa el cuadro "el patio de la cuadra de

¹ J. SÁNCHEZ DE NEIRA, *Gran diccionario taurómico*. Nueva edición corregida y notablemente aumentada por su autor. Madrid, 1896.

caballos antes de una corrida de toros". Todas las figuras son retratos de aficionados notables y de los toreros de más reputación, por lo que, accediendo a los deseos manifestados por muchos aficionados, vamos a señalar el sitio que ocupan en el lienzo, ya que tuvimos la dicha de conocer a cuantos en él figuran. Tomando la vista del cuadro de izquierda a derecha del espectador, aparece después del mozo de cuadra colocado en el ángulo, como primera figura la de don Antolín López, rico comerciante apoderado de *Cúchares*, y a su lado mirándole, este matador con la capa terciada; más adelante, en primer término, el elegante picador Pepe Muñoz ostenta un precioso traje de calle con marsellés al brazo, y detrás a caballo en graciosa postura el valiente Juan Alvarez (*Chola*). Entre don Antolín y *Curro Cúchares* asoman dos aficionados, uno de los cuales es don José Leoncio Pérez, célebre tallista, y el otro retrata a un querido amigo del autor de esta obra, que aún vive y a quien no olvidará mientras dure su existencia. Sigue luego en el centro del cuadro, el picador Pepe Trigo a caballo precedido del banderillero Rico (*Culebra*) en traje de paisano, y hablando con dicho picador el inimitable *Regatero*, Angel López, siguiéndole un poco más detrás, el gran maestro Francisco Montes, que tiene enfrente a Barrutia, hombre de mundo y de buena sociedad, a don Fáusto Gálvez, distinguido aficionado, y a su apoderado don Alejandro Latorre, muy entendido en tauromaquia, y detrás de éste al matador Julián Casas. Ya en el ángulo derecho aparece en saladísima postura, José Redondo (*Chiclanero*) y entre éste y Cayetano Sanz que es el último del mismo ángulo, se ve al conocidísimo don Joaquín Marraci; en segundo término aparecen los aficionados Aymerich, Trives y Cuesta y en tercero, con un mozo de caballos a la grupa, el picador Bruno Azaña, y delante de éste asoma el busto del banderillero Matías Muñiz, seguido de otros aficionados, entre los cuales se cuenta, embozado en la capa, el luego buen lidiador Mariano Antón, y en último término, vestido de paisano, el picador Cortés (*El Naranjero*).»

A las anteriores, podemos agregar algunas indicaciones ampliatorias de los respectivos retratados².

FRANCISCO ARJONA HERRERA (o Francisco Arjona Guillén, apellido éste de su abuelo paterno), *Cúchares*. De familia de célebres diestros, entre ellos, *Costillares* y *Curro Guillén*, nació en Madrid en 1818; se presentó en la Plaza de Madrid en 1840, muriendo en La Habana el 4 de diciembre de 1868. Figura capital en los anales taurinos del reinado de Isabel II.

PEPE MUÑOZ.—José Muñoz y Domínguez. Picador nacido en Sevilla. De la cuadrilla de Francisco Montes. Murió en Madrid en 1890.

JUAN ALVAREZ, *Chola*.—Picador de toros, nacido en Manzanares en 1819. De la cuadrilla del *Chiclanero*. Murió en Madrid en julio de 1856, a consecuencia de un disparo en las jornadas revolucionarias de esa fecha.

² A tal efecto hemos manejado preferentemente las obras que se citan.

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO, *Los toros*, tomos II y III. Cuarta y quinta edición respectivamente. Madrid, 1965.

NATALIO RIVAS, *Semblanzas taurinas*, Madrid, S. A.

El Arte de la Tauromaquia. Catálogo de la Exposición. Madrid, 1918. Introducción por el Conde de las Almenas.

JOSÉ TRIGO.—Picador nacido en Sevilla en 1814.

ISIDORO RICO, *Culebra*.—Destacado banderillero de la época.

ANGEL LOPEZ, *Regatero*.—Debió la mayor popularidad de sus éxitos como banderillero, formando en la cuadrilla de Cayetano Sanz, sin que alcanzara igual suerte como espada. Nacido en Madrid en 1825, murió en la capital en 1898.

FRANCISCO MONTES, *Paquiro*.—Según la inscripción de un antiguo retrato fue «diestro el más aventajado de su siglo y autor de un tratado de tauro-maquia». Nacido en Chiclana en 1805, murió a los cuarenta y seis años, el 3 de abril de 1851 (dos años antes de la conclusión del cuadro de Castellano).

JULIÁN CASAS, *el Salamanquino*.—Matador de toros nacido en Béjar en 1818 y fallecido en Béjar en 1882. Formó parte de la cuadrilla de *Cúchares*.

JOSÉ REDONDO, *Chiclanero*.—Según don Natalio Rivas, fue «lidiador, verdaderamente fenomenal», pero orgulloso hasta la vanidad e ingrato «con su protector y maestro» el gran Montes. Nacido en Chiclana, probablemente en 1818, la temprana pérdida de su joven esposa repercutió de manera muy sensible en su vida, contrayendo la tuberculosis, de cuya enfermedad murió, a los 35 años, el 28 de marzo de 1853, cuando en un alarde de amor propio había llegado a firmar el contrato para actuar en Madrid.

CAYETANO SANZ.—Matador de toros, nacido en Madrid en 1821 el día de su patrono, 7 de agosto. Formó parte de la cuadrilla del *Chiclanero*, muriendo en Villamantilla en 1891.

BRUNO AZAÑA.—Célebre picador presentado en Madrid en 1846, falleciendo en la capital en 1868.

MATÍAS MUÑIZ.—Banderillero nacido en Ciudad Real en 1822. De las cuadrillas del *Chiclanero*, *Cúchares* y *el Tato*, murió en Madrid en 1872.

MARIANO ANTÓN.—Notable banderillero, nacido en el Real Sitio de San Ildefonso en 1828 y fallecido en 1894. Animado por el *Chiclanero* se presentó en Madrid según Cossío³ en 1854 —recuérdese que el cuadro aparece fechado en 1853—, formando parte de la cuadrilla del *Tato* y posteriormente de *Currito* y *Lagartijo*. De este último se cuenta que al retirarse Antón exclamó: —«Me han cortado una pierna.»

MARIANO CORTÉS, *el Naranjero*.—Picador nacido en Madrid, sin fechas conocidas. Cossío apunta que por primera vez aparece su nombre en una corrida celebrada en la capital en diciembre de 1852.

En cuanto a los aficionados, don Natalio Rivas en su semblanza sobre *Cúchares* alude a «la enorme popularidad que [el diestro] disfrutaba en

³ *Los toros*, tomo III, págs. 42 y 43.

Madrid, gracias a su íntimo el simpático sastre de la calle de Toledo don Antolín López que dominaba los barrios bajos»⁴.

Por otra parte, conocemos de Eusebio Blasco un emocionado artículo sobre Joaquín Barrutia de quien recuerda la frase —luego tan repetida— de que «La envidia es entre nosotros el vicio nacional»⁵.

Respecto de José Leoncio Pérez, «célebre tallista», según Sánchez de Neira, debe de tratarse de José Pérez Benito, conocido especialmente por sus trabajos en el cenotafio de Fernando VII, Congreso de los Diputados, e iglesias de San Luis y San Francisco el Grande⁶.

Con las anotaciones precedentes hemos cerrado el grupo. Pero no completamente, pues de ningún modo podemos eludir la atención sobre el escenario, el artista y el cuadro.

La Plaza de Toros

Empecemos por aclarar que esa plaza de toros que se divisa al fondo del cuadro y a la que, como hemos indicado, pertenecía el patio de caballos en que se desarrolla la escena, no es otra que la mandada construir por Fernando VI, según planos de Ventura Rodríguez y Fernando Moradillo e inaugurada el 30 de mayo —festividad de San Fernando— de 1754⁷. Emplazada en zona comprendida actualmente en los primeros tramos de la calle de Serrano —a la derecha—, calles de Columela, Conde de Aranda y Claudio Coello⁸, su capacidad cifróse en 12.000 espectadores, siendo objeto de varias reformas en el transcurso de los años.

La historia de esta plaza va ligada estrechamente no sólo a las propias vicisitudes de la afición taurómaca, sino incluso a destacadas efemérides de la capital. Como oportunamente se ha comentado⁹, si por desgracia hubo de contemplar las cogidas mortales de *Pepe Hillo*¹⁰, y *Pepete*¹¹, fue también

⁴ *Semblanzas taurinas*, págs. 208 y 209.

⁵ *Mis contemporáneos*, págs. 87-91, Madrid, 1886.

⁶ M. OSSORTO y BERNARD, *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, pág. 525, Madrid, 1883-1884.

⁷ JOSÉ MARÍA DE COSSÍO, *Los toros*, tomo I. Quinta edición, Madrid, 1964.

⁸ R. CAPDEVILA, *En las inmediaciones de esta esquina mataron a Pepe Hillo*, «Arriba», Madrid, 21 de noviembre de 1953.

FRANCISCO LÓPEZ IZQUIERDO, *Evocación de la primera plaza de toros madrileña*, «Villa de Madrid», núm. 41, Madrid, 1973-IV.

⁹ PEDRO DE RÉPIDE, *Las calles de Madrid*, pág. 492. Compilación, revisión, prólogo y notas de Federico Romero. Epílogo de Alfonso de la Serna. Ilustraciones de Esplandiu. Obra patrocinada por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1971.

¹⁰ En 11 de mayo de 1801.

¹¹ En 20 de abril de 1862.

la plaza de Pedro Romero y Costillares, la de Paquiro y Cúchares y tantos y tantos espadas de tronío, siendo también la plaza que frecuentaron Goya y Eugenio Lucas, grandes aficionados a los toros, como es sabido. De este último hemos de recordar especialmente su gran cuadro *División de plaza*, cuyo asunto y escenario corresponden al mismo coso. Unase a ello la celebración de muy diversos festejos no exentos de particular significación: funciones solemnes con motivo de enlaces regios, *corridas patrióticas* para celebrar, entre otros acontecimientos, la entrada del Duque de Angulema o el regreso del Ejército de Africa, espectáculos varios como las luchas de fieras y las pintorescas mojigangas, sin que faltaran ocasiones para preparar —o excitar— los ánimos del vecindario, como sucedió horas antes de producirse los desmanes populares en las sangrientas jornadas revolucionarias de 1854... De ahí que cuando a mediados de agosto de 1874 se inició el derribo para ser reemplazada por la nueva Plaza de Toros llamada impropriamente de la Carretera de Aragón ¹²— la demolición, al sacrificar un paraje entrañable, supusiera más que una dolorosa contribución al ensanche de la capital, la desaparición de muchos recuerdos aventados a golpe de piqueta.

El pintor

Bien merece el autor del cuadro que se esclarezcan y rectifiquen definitivamente algunas noticias inexactas y omisiones que han venido repitiéndose hasta la fecha. En tal sentido podemos ofrecer ahora los resultados de una investigación que hemos practicado recientemente.

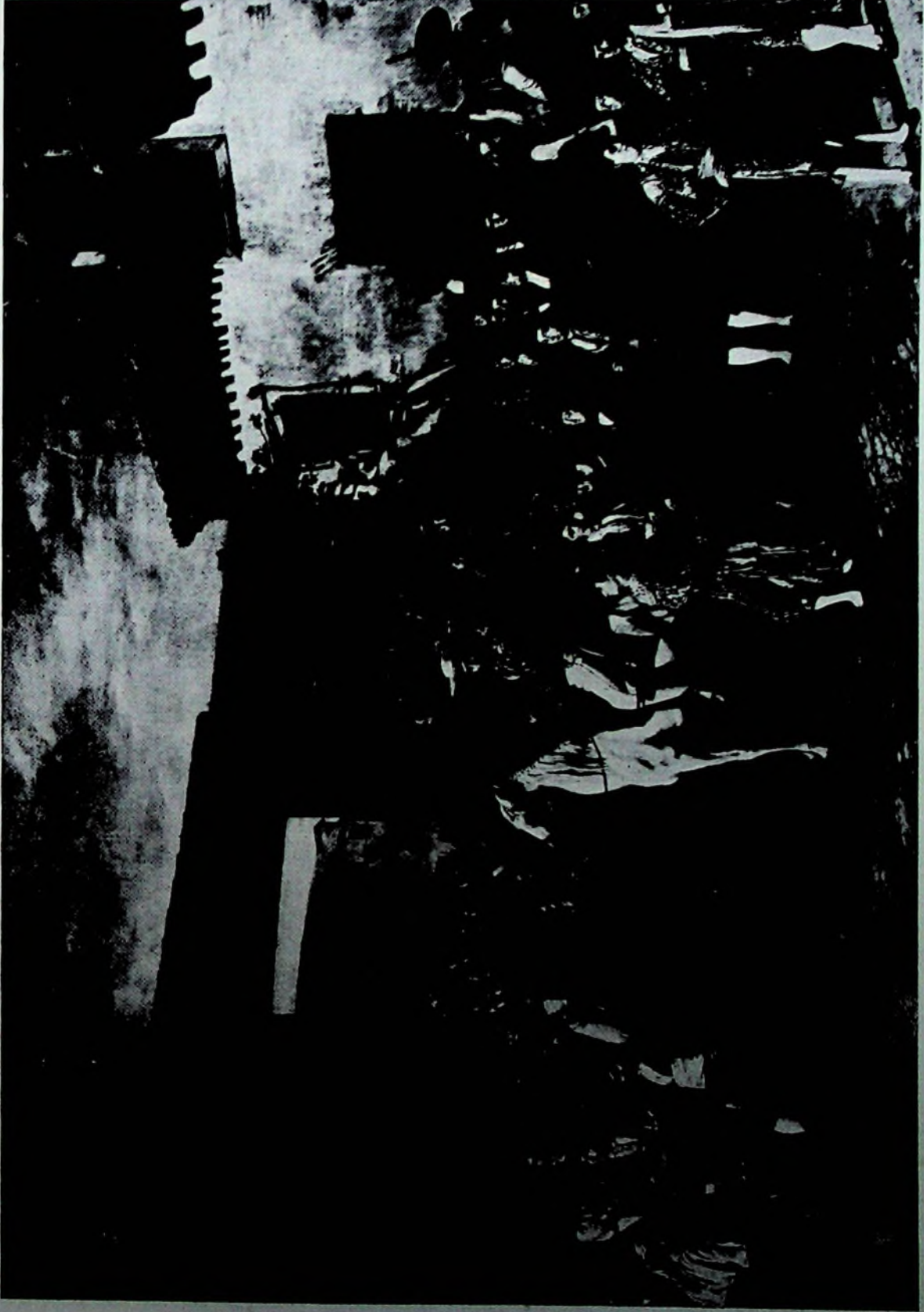
Comencemos por advertir que si bien solía firmarse Manuel Castellano —o M. Castellano—, pero no Castellanos como varios autores lo nombran, su verdadera filiación habría de quedar establecida así: Manuel Rodríguez Castellano de la Parra.

La partida de bautismo que hemos localizado en la parroquia madrileña de San Sebastián ¹³ nos enteramos de que Manuel Blas Rodríguez [Castellano] de la Parra era hijo legítimo de Antonio Rodríguez, del lugar de Besullo, Concejo de Cangas de Tineo, Obispado de Oviedo, y de Justa de la Parra, de Zarzuela, Obispado de Cuenca, domiciliados en la calle de Peligros. Nació el día 3 de febrero —festividad de San Blas— de 1826 ¹⁴, siendo bautizado al

¹² PEDRO DE RÉPIDE, ob y pág. citadas.

¹³ Libro 68. Bautizados. Años 1825-1828. Folios 109 vto. y 110 rto. Archivo parroquial de San Sebastián, de Madrid.

¹⁴ Obsérvese que nació el día 3 de febrero, festividad de San Blas, por lo que debió de imponérsele este nombre.



Patio de la cuadra de caballos de la Plaza de Toros de Madrid antes de una corrida, por Manuel Castellano. 1853. Madrid, Museo del Prado (Casón del Buen Retiro).

día siguiente en la iglesia parroquial de San Sebastián, por don Juan Paz. Consta asimismo que los abuelos paternos fueron Francisco Rodríguez, de Besullo, y Antonia Rodríguez, de Noceda, Obispado de Oviedo, y los maternos José de la Parra, de Zarzuela, y Ana Ibáñez, de Guadalaviar, Obispado de Albarracín, actuando de padrino Pedro García.

La práctica de antaño respecto de la ordenación de los apellidos —no conformada al uso de nuestros días— explica que incluso tratándose de hermanos «enteros» —es decir, hijos de los mismos padres— no haya la concordancia que hoy se acostumbra. De ahí que en el caso de nuestro pintor y por la relación con sus hermanos de que luego se hará mención, nos haya parecido conveniente formular el siguiente resumen genealógico:

MANUEL RODRÍGUEZ CASTELLANO

PADRES:

Antonio Rodríguez Castellano (de Besullo, Cangas de Tineo, Obispado de Oviedo).
Justa de la Parra (de Zarzuela, Obispado de Cuenca).

ABUELOS PATERNOS:

Francisco Rodríguez Castellano (de Besullo).
Antonia Rodríguez de Llano (de Noceda, Obispado de Oviedo).

ABUELOS MATERNOS:

José de la Parra (de Zarzuela).
Ana Ibáñez (de Guadalaviar, Obispado de Albarracín).

Por otra parte, podemos ampliar el ámbito familiar registrando varios extremos de interés.

HERMANOS DE MANUEL:

- 1) Tomás José de la Cruz. Nacido el 3 de mayo de 1814 y bautizado en la iglesia de San Ginés, el día 5 de dicho mes y año. Vivían los padres, por entonces, en la calle de Carretas núm. 35 ¹⁵.
- 2) Ramón María Francisco. Nacido el 21 de noviembre de 1818 y bautizado en San Ginés al día siguiente. Vivían los padres en la calle del Arenal, núm. 1 ¹⁶. Fue Profesor de Música.
- 3) Tenemos noticia también de otro hermano, Juan, nacido, al parecer, el 12 de julio de 1823 y bautizado asimismo en San Sebastián ¹⁷.

¹⁵ Libro 47. Bautismos. Años 1814-1820. Folio 14 vto. Archivo parroquial de San Ginés, de Madrid.

¹⁶ En el mismo libro de bautizados que se cita en la nota 15, folio 301 vto.

¹⁷ La referencia de su bautismo en la parroquia de San Sebastián —no comprobada directamente— la hemos visto consignada en el padrón municipal de 1858.

De todos ellos hay constancia de que en 1856 vivían con la madre, doña Justa de la Parra, en Caballero de Gracia, núm. 10, 3.º, domicilio familiar durante largos años, al menos hasta 1871 ¹⁸.

Al margen de otras vicisitudes hemos de consignar aquí que Manuel asistió a las clases de la Academia de San Fernando, siendo alumno de don Juan y Carlos Luis de Ribera con quien trabajó en la pintura del techo del salón de sesiones del Congreso de los Diputados ¹⁹. Participó en diversas Exposiciones —de varias de ellas se hará luego mención— alcanzando tercera medalla en las de 1862 y 1866 y segunda en la de 1871 ²⁰. Cultivó preferentemente —como era de rigor en su época— los temas históricos y así figuran entre sus cuadros principales: *Muerte de Daoiz*, *Muerte de Velarde*, *Muerte del Conde de Villamediana*, los dos primeros conservados en el Ayuntamiento ²¹ y el tercero en el Museo Municipal ²².

Trasladado a Roma, sabemos que regresó a la capital el día 2 de abril de 1880, pero «en tan mal estado de salud» —informaría un periódico de la época ²³— que falleció al día siguiente, siendo enterrado en el cementerio de la Sacramental de San Luis y San Ginés ²⁴.

Una faceta de gran interés en la vida laboriosa de Castellano viene representada por su loable preocupación de coleccionista de estampas —dibujos, grabados, fotografías— que después de su fallecimiento pasó a enriquecer muy considerablemente los fondos de la Biblioteca Nacional. Don Angel Barcia que intervino en la adquisición y catalogación de las piezas pondera la cuidadosa atención prestada por Castellano —a quien califica de «español neto»— reflejada en la minuciosidad de sus anotaciones al dorso de las piezas ²⁵.

¹⁸ Lo confirman los diferentes empadronamientos consultados 1856 (1-462-4), 1858 (3-296-2), 1859 (3-302-4), 1862 (4-220-3), 1866 (4-152-5) y 1871 (6-165-4).

¹⁹ M. OSSORIO y BERNARD, *ob. cit.*

²⁰ Sobre el juicio que la obra premiada *Muerte del Conde de Villamediana* mereció a Ponzano, miembro del Jurado, véase: *Ponzano y la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1871*, publicado en «Revista de Ideas Estéticas», núm. 116, Madrid, octubre-diciembre 1971.

²¹ EULOGIO VARELA HERVIAS, *Casa de la Villa de Madrid*. Prólogo de José Moreno Torres, Conde de Santa Marta de Babio, Alcalde de Madrid, Madrid, 1951.

²² *Exposición del Antiguo Madrid*. Catálogo general ilustrado, núm. 354, Sociedad Española de Amigos del Arte, Madrid, 1926.

²³ «El Liberal», Madrid, 4 de abril de 1880.

²⁴ En la esquila mortuoria —publicada en «El Imparcial», correspondiente al domingo 4 de abril de 1880— se anunciaba que la comitiva fúnebre partiría de la calle de la Gorguera, núm. 5.

Entre los cementerios cerrados en 1.º de septiembre de 1884 figuró el de San Luis, en donde había sido sepultado *el Chiclanero*, uno de los diestros retratados por Castellano en su lienzo. MANUEL MESONERO ROMANOS, *Las sepulturas de los hombres ilustres en los cementerios de Madrid*, Madrid, 1898.

²⁵ ANGEL M. DE BARCIA, *Catálogo de la colección de dibujos originales de la Biblioteca Nacional*, págs. 6 y 7, Madrid, 1906.

Bien puede afirmarse que gracias a Castellano conocemos mejor la iconografía del XIX pues sus precisas anotaciones han permitido identificar a muchos personajes, de otra suerte olvidados para siempre.

Eusebio Blasco que le conoció y trató afectuosamente diría de él que era «un pintor notable que además tenía la pasión del teatro». Y subrayando esa doble actividad añadiría que si de día pintaba cuadros de historia —pero de historia teatral, puntualizaba— «desde las tres en adelante este pintor-actor, digámoslo así, vivía en el teatro». Terminando su emotiva semblanza con estas palabras:

«Castellano, era, en fin, un tipo madrileño, popular, amigo de todo el mundo y con razón sobrada, porque era un corazón de oro»²⁶.

El cuadro

El cuadro que motiva estas líneas es lienzo pintado al óleo y mide 1,68 m. de alto por 2,45. Firmado y fechado por Manuel Castellano en 1853, figuró primeramente en la Exposición Universal de París de 1855. Al año siguiente se presentó en la primera Exposición Nacional de Bellas Artes bajo el título *Patio de la cuadra de caballos de la Plaza de Toros, antes de una corrida*²⁷, obteniendo Mención honorífica. Adquirido por real orden de 2 de abril de 1857 por diez mil reales, formó parte de los fondos del Museo Nacional de Pinturas —llamado de la Trinidad²⁸—, pasando más tarde al recién creado Museo Nacional de Arte Moderno²⁹, conservándose actualmente en el Casón del Buen Retiro.

El cuadro tanto por el tema como por los numerosos retratos que comprende debió de ser conocido muy pronto por los aficionados, sin que faltara la oportuna referencia periodística dando cuenta de su reciente conclusión³⁰.

²⁶ Manuel Castellano. «Día de moda», núm. 9. Madrid, 5 de abril de 1880.

²⁷ *Catálogo de las obras de pintura, escultura, arquitectura, grabado y litografía presentadas en la Exposición General de Bellas Artes, verificada en las galerías del Ministerio de Fomento desde el 20 de mayo de 1856, formado por el Jurado de adquisición de obras*. Madrid, 1856.

²⁸ GREGORIO CRUZADA VILLAAMIL, *Catálogo provisional historial y razonado del Museo Nacional de Pinturas*. Madrid, 1865.

²⁹ *Catálogo provisional del Museo de Arte Moderno*. Segunda edición oficial, Madrid, 1900.

³⁰ En «La Epoca» de 29 de abril de 1854, dentro de la sección de *Noticias generales*, aparece en última página lo siguiente:

«El joven pintor D. Manuel Castellano, ha concluido recientemente un cuadro original que representa el corral donde se prueban los caballos en la plaza de Toros de Madrid. Tanto los picadores, como los principales espadas y banderilleros más conocidos, están retratados con una semejanza perfecta. Los acérrimos partidarios de nuestras funciones esclusivas [sic] están distribuidos en grupos, bien hablando unos con otros, mientras la gente del bronce conduce los caballos, perros de presa, espadas, picas y demás utensilios tauromáquicos.»

De animada composición, dibujo correcto y acertado colorido es indudable que sobre otras consideraciones ofrece principalmente, a nuestro juicio, un extraordinario interés iconográfico, lo que nos lleva a relacionarlo —dejando a salvo las naturales diferencias— con otro cuadro, de parecidas dimensiones, que alcanzó clamorosa celebridad al ser expuesto en la Academia y al que hemos dedicado un estudio aparte³¹. Nos referimos al gran lienzo pronto popularizado bajo el nombre de *Los poetas*, firmado y fechado por Antonio M. Esquivel en 1846, es decir, siete años antes del que tenemos a la vista. La diversidad de personajes —artistas y escritores en aquél—, parece encontrar réplica adecuada en este otro en que toreros y aficionados vienen a enriquecer la iconografía de una época —la misma época—, densa en valores humanos y en interés histórico. Y obsérvese también que como Esquivel en su lienzo, reuniría Castellano en un momento imaginario a personajes relacionados, sí, con las corridas de toros, pero cuya presencia en varios casos, habría de obedecer a una mera evocación, en gracia a su relieve personal. Tal sucede con Francisco Montes *Paquiro* y José Redondo *Chiclanero*, fallecidos en 1851 y 1853, respectivamente; fechado el cuadro de Castellano en este último año, es presumible que el artista no quiso —aunque concluido al siguiente— privar al grupo taurómico de dos de sus figuras más representativas, aunque ya hubieran desaparecido.

Importa destacar, por último, los numerosos dibujos y estudios —conservados en la Biblioteca Nacional— preparatorios de este cuadro que, en definitiva, ilustra un aspecto muy representativo de la vida e inquietudes de la Villa y Corte a mediados del siglo XIX.

³¹ ENRIQUE PARDO CANALÍS, *En el estudio de Esquivel. Una imaginaria reunión que ha pasado a la Historia*, ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS, tomo VII, Madrid, 1971.